



El retoño del *jalamate*

Elvia Tristán

Colegio de San Luis

chamalilla@hotmail.com

Recibido: 31/03/18. Aprobado: 14/09/18. Publicado (en línea): 31/08/2020.

En el barrio las caras de asombro, los chismorreos que se estancaban en cada esquina para después seguir por toda la calle durante toda la tarde y noche, duraron por varios días. Y, es que, era inconcebible que aquellos borrachos que cada tarde estaban debajo de la sombra del *jalamate* tomando aguardiente y echando chistes que sólo ellos entendían, este año habían organizado y de muy buena forma la fiesta de Xantolo. Lo que el barrio no se había dado cuenta, es que el grupo fue sólo a la vereda y en realidad, el camino de la fiesta se había hecho en comunidad.

Todo comenzó un año antes cuando todos los que andaban fuera del pueblo regresaban para celebrar *fiesta muertos*. Una borrachera entre seis muchachos del barrio desató la nostalgia por bailar durante *Xantolo*. Entre pláticas comentaron cómo el barrio estaba echando al olvido la tradición de “*la parranda*”. Y es que, anteriormente, los ocho barrios del pueblo tenían su “*parranda*”, o lo que es lo mismo, un grupo de bailadores llamados “viejos” que salían a bailar a las calles durante los días previos a la *fiesta muertos* y pedían dinero, el cual se entregaba al “*dirigente de parranda*” quién a su vez, con apoyo del barrio y el dinero

recolectado, organizaba un baile con cena al cual asistía todo el pueblo.

Bajo la sombra del *jalamate* el calor hizo brotar el sudor de las caras de los muchachos, al igual que otras inquietudes. De la boca de Ayek salieron palabras que calaron hondo en cada uno de ellos, sereno, dijo:

- ¡Cómo queremos que siga la “*parranda*” como antes! si el mismo barrio, la gente y, hasta nosotros mismos dejamos de ser lo que éramos.

Lucho, contestó:

- Eso puede ser. Tanta pelea por defender partidos políticos, la migración de nuestra gente y nosotros los músicos y bailadores de “*la parranda*” que también hemos migrado. ¿Qué me dicen de los que han dejado de bailar porque su religión no se los permite? Todo eso nos ha quebrado la unión que teníamos para celebrar.

Se escuchó un suspiro largo. Y dijo entonces aquella boca:

- Y, ¿por qué no agarramos el compromiso de correr “*la parranda*”? Concuero con lo que dicen, algo hay de eso. Pero creo que el barrio nomás está alestargado, nos lo han entumecido; pero, ide que responde, responde! es mera cosa de atizarle a las brasas, nomás prendiendo el primer tizón, ya verán como esto hace lumbrere. O’... ¿A poco no estuvo unido cuando murió Chucho? Cuando se estaba velando, nomás fueron llegando las mujeres a casa de Sergio, sin que nadie las convocara o die-

ra instrucciones; ellas comenzaron a moler chiles y envolver tamales, otras, los colocaban en las tinajas que después los hombres cargaban y ponían a cocer. Ya por la noche, aún seguían allí las mismas mujeres y otras más que en la tarde llegaron para repartir los tamales y el atole. Lo mismo pasó en las posadas, y cuando los señores se fueron a limpiar el pozo y lo pintaron de color gris, para que nadie pensara que fue algún partido quien hizo el trabajo.

Todos pensaron por largo rato en lo que les había dicho. Y es que ese compromiso que se hace por siete años y que debe cumplirse cabalmente para evitar perjuicio en lo propio y en lo cercano, no lo agarra cualquiera. No fue el aguardiente el que les dio valor ni decisión, sino el orgullo y cariño que tienen por su barrio, el respeto por lo suyo, por sus rituales, celebraciones, lo que los encaminó a tomar el compromiso esa tarde.

Así comenzaron los preparativos para el año venidero. Los primeros en seguirlos y comprometerse fueron los bailadores y músicos del barrio. Los bailadores más jóvenes se emocionaron, ya se les hacía tarde para que llegara el día para vestirse de “*viejo*” o “*vieja*” y salir a bailar. Los músicos por su lado, comenzaron a ensayar los sones, ya que, aunque las danzas se conocen de la misma forma en toda la región, sólo se bailan y ejecutan de forma única en ésta tierra de *jalamates*.

A mediados de año visitaron a Julia, hija de Mario, quién fue de los mejores tallado-

res de máscaras del barrio. Le comentaron la intención y solicitaron el préstamo de las máscaras, ella contestó:

- Ya se habían tardado, ya había escuchado que andan con el mitote iclaro que se las presto! Mi apá siempre me decía que cuando él faltara, no dejara que las máscaras, o mejor dicho, los difuntitos no salieran a bailar cada año. Y miren, a falta de “*parranda*” han estado guardadas un buen rato.

Ya más cerca de la fecha, la comida del día para “*la parranda*” fue ofrendada por la misma gente del barrio, que como de costumbre, ya estaba más que enterada de los acontecimientos que pasan en el pueblo, y no faltaron las familias que se ofrecieron a participar. Los últimos arreglos se hicieron en visitas ocasionales, por teléfono y con recaderos de dos pies.

Llegada la fecha, “*la parranda*” salió a bailar a las calles y como se había predicho, el barrio respondió. Por cada son que se tocó en cada casa, “*la parranda*” recibió su dinerito. La gente volvió a sentirse contenta, emocionada de revivir momentos pasados que estaban escondidos entre los recuerdos. El último día se invitó a todo el pueblo a que asistiera al baile y cena que se había preparado. Para esto, por la mañana varias personas ayudaron a colocar lonas y sillas en el centro del barrio y otras prepararon la comida que se sirvió de cena. Esa noche fue de disfrute y de satisfacción por haber logrado que se escucharan nuevamente los sones y zapateados por todo el

barrio, que la gente hiciera bullicio al paso de “*la parranda*”; pero, sobre todo, que se habían reafirmado como comunidad. Fue entonces, que el barrio recordó que aquí hasta el más borracho es responsable, tratándose de hacer y trabajar por el bien común.

